

Desacralización de la identidad escolar. Género performativo y representación del

HIV-SIDA en “Durazno reverdeciente” de Dalia Rosetti

Camila Roccatagliata

Instituto Superior del Profesorado “Dr. Joaquín V. González”

Resumen

El objetivo de la ponencia es analizar la obra de Dalia Rosetti, “Durazno reverdeciente”, a partir de la hipótesis de que este relato es *queer* en dos aspectos fundamentales: en tanto deconstruye parámetros hegemónicos de género y en tanto plantea situaciones, identidades y géneros performativos. El análisis tendrá siempre como sustrato teórico la teoría que Judith Butler propone en *El género en disputa* y retomará algunos puntos de *El manifiesto contrasexual* de Beatriz Preciado para explicar por qué este relato puede considerarse un relato contrasexual. Asimismo, la ponencia revisará las representaciones del HIV-SIDA que se desprenden de la obra, considerando esas representaciones como resistencias y cuestionamientos a las tecnologías políticas de género que han rodeado a la enfermedad.

Palabras clave

Género performativo – HIV-SIDA – Sociedad contrasexual – Queer – Identidad

—¿Profesora!?

—¿Qué le pasó? ¿Qué...? Pero... usted... ¿tenía canas?

—Sí, chicos, tengo canas desde que tengo 26. Pero siempre lo oculté. Ahora... quiero ser yo misma. Y quiero decirle dos cosas más: soy lesbiana y ayer maté una planta.

—Ah... Nunca me imaginé que tuviera canas.

—Chicos, ¡soy lesbiana!

—¡Yo también! —gritó una chica desde el fondo.

—Yo maté a un gato.

—Yo quedé embarazada a los 14 y maté al bebé en el cuarto mes.

—Yo maté a una planta y me da pánico pensar en lo que me he convertido.

—¡Profesora! ¡La queremos!

—Gracias chicos.

La escuela es aún hoy, en pleno siglo XXI, uno de los espacios institucionales en los que los estereotipos de género, la discriminación, la estigmatización y la condena social se mantienen en plena vigencia. El *bullying* escolar, el acoso de gabinetes psicopedagógicos, las patéticas conversaciones en salas de profesores acerca del chico o la chica “rarita” que les ha tocado en suerte este año, los contenidos y las bajadas heteronormativas de espacios curriculares vinculados a la salud del adolescente, son algunas de las tristes realidades que siguen caracterizando al *habitus* escolar.

El colegio sigue cumpliendo su función reproductora, homogeneizadora y normalizadora. El género y el sexo, de esta manera, no escapan a esa situación y fueron y son víctimas de discursos, prácticas, normas y tecnologías que determinaron (y continúan determinando) qué es lo correcto, qué es lo normal, qué es lo adecuado, qué es posible y qué no, dentro y fuera del ámbito escolar.

La literatura, espacio privilegiado para imaginar otros mundos posibles, se ha ido encargando de cuestionar esos estereotipos, desnaturalizar ciertos códigos y costumbres y corroer pilares que supieron mantenerse incuestionables durante muchísimo tiempo. La siguiente ponencia, entonces, tomará el caso de la *nouvelle* “Durazno reverdeciente” de Dalia Rosetti publicada en el año 2005 por Mansalva junto a dos cuentos bajo el título *Me encantaría que gustes de mí*, precisamente porque se atreve a ir más allá y deconstruir identidades, espacios y prácticas del universo escolar y los modelos de género que desde allí se imponen.

La escritora Fernanda Laguna eligió para publicar su obra literaria un seudónimo que la representa en el campo de la Nueva Narrativa Argentina¹, Dalia Rosetti. Sin embargo, se arriesga a darle su nombre a la protagonista de esta historia. De este modo, Fernanda Laguna es también la profesora del secundario que se atreve a confesar a sus alumnos su género (género que no es tan esencial y único como la misma confesión declara) y el asesinato de una de sus plantas. Esta salida del *closet* un tanto paródica con que comenzamos la lectura de esta ponencia, es uno de los tantos ejemplos de cómo Rosetti se ríe de los tabúes y fantasmas que recorren las aulas en la actualidad. Las respuestas de los chicos hacen al tono paródico pero

¹ Tomo este concepto de Elsa Drucaroff (2011: 17 y 18) quien en su flamante obra, *Los prisioneros de la torre*, define como NNA o “narrativa de las generaciones de postdictadura” a “la narrativa que empezaron a escribir, entrada la democracia, y publicaron a partir del menemismo personas que vivieron la dictadura en una edad en la que no habían llegado a la conciencia ciudadana, o que no la vivieron nunca porque nacieron en democracia [...] Cuando hablo de “nueva” narrativa para la obra de las generaciones de postdictadura me refiero a que encuentro en ellas cierta entonación, ciertas “manchas temáticas” y ciertos procedimientos que en general no aparecen así en otra parte, al menos no como tendencia generalizada.

también anuncian y develan que lamentablemente muchos son los tabúes y los estereotipos que la escuela se niega a abandonar.

Fernanda Laguna es una docente de 65 años que se decide a escribir esta suerte de diario para sus alumnos, según ella misma lo manifiesta:

Me doy cuenta de que estoy escribiendo “mi historia” como si les estuviera hablando a mis alumnos. En realidad, quiero dejarles este legado pederro a mis chicos para desmitificar la imagen que ellos tienen de mí, de vieja chota, aburrida, pasada de moda, sin personalidad ni motivaciones para vivir [...] “Chicos, ahora sí que se van a divertir, la vieja tiene sus dotes sensuales”².

Precisamente, me interesa señalar la contradicción existente entre su autorretrato, entre la percepción que ella tiene de sí misma y la que luego deja entrever en esta historia y la que ella misma deja deslizar al final de la cita. Lejos de ser una mujer aburrida, que no sale de su casa ni mantiene una vida social activa, sin deseos ni encuentros deseantes, Fernanda es una mujer que se permite la experimentación, el goce y las nuevas experiencias, experiencias diversas y cargadas de sensualidad. Y a pesar de que insiste constantemente en lo mucho que le pesan los años y su presente, ese presente (como también el pasado que ella evoca) es un presente que fluye, que toma caminos inesperados y que no se deja encerrar en un único punto de vista, en un único casillero, en una única definición³.

Las docentes del secundario también gozamos (¡y cómo!)

Los tiempos de la Fernanda ficcional parecen ser tiempos que dejaron atrás ciertos prejuicios y estereotipos pero son tiempos que construyeron sus propias matrices y encasillamientos, sus propios mecanismos de inteligibilidad y categorización. Sin embargo, me parece interesante destacar cómo el personaje de Fernanda se configura como un ser que escapa a la matriz hegemónica de género actual.

Esta docente del futuro (la historia transcurre en una Argentina futurista) señala que, desde joven, en tiempos no tan progresistas ni desprejuiciados: “Me apasionaban los chicos que no usaban remeras, a los que se les veían los tatuajes. También me gustaban las chicas masculinas, bien vestidas. Muy vestidas, que solo mostraban sus fuertes brazos lampiños. Me daba igual cualquier sexo”.

² La cursiva pertenece al texto original.

³ Este recurso que consiste en un personaje que sostiene lo desdichada y monótona que es su vida y el contraste que su propia vida le muestra al lector me recordó a Holden Caulfield, protagonista de *El guardián entre el centeno*, quien obliga constantemente al lector a desconfiar de su pesimista y tajante percepción, desde el mismo momento en que él se asume mentiroso e imposible de clasificar.

La declaración final de la cita, rompe con la matriz heterosexual que configura los cuerpos y deseos en nuestra sociedad, dispositivo discursivo que regula la incoherencia, lo “inadecuado”, lo “anormal”.

De esta manera, Fernanda rompe con la imposición obligatoria de la heterosexualidad que determina que, a determinado sexo biológico, le corresponde determinado género, coherente con determinado deseo. Lejos de dejarse encerrar en esa cadena causal y unívoca de género, nos confiesa (porque se supone que el relato para ella es confesión) que le da lo mismo cualquier sexo. Lo importante (lo vemos claramente a lo largo de sus experiencias y aventuras) es el deseo y, en algunos casos, también el amor.

Una de sus mejores amigas, Gaby, le propone salir con unos chicos a “De la otra vereda”, pero Fernanda se niega a pasar la noche con ellos porque prefiere quedarse mirando y deseando a las chicas que allí atienden. Gaby intenta convencerla para que se asuma heterosexual pero Fernanda se niega a encasillarse, se reconoce imposible de definir:

Yo me acerco y le digo a Gaby “gracias” y que vaya en busca de su experiencia infantoheterosexual que yo me quedo con las “chicas”.

—Ok —me responde—. Te automarginás de la heterosexualidad. Al fin y al cabo, ¿cuánto tiempo duró tu mayor relación gay?

—Tres meses. Julia, a los 29.

—Tenés cero grasa boluda, es sólo retención de líquido.

—Retención o no, me siento más segura con cuerpos parecidos al mío.

Y se va. Al fin. Ella siempre me enfrenta con la realidad de mi sexualidad indecisa. Yo soy un ser asexuado.

Allí se encuentra con Carmen, una excompañera de trabajo, quien le confiesa que siempre le había gustado y quien la devuelve al mundo del placer y la pasión, primero en el boliche y luego en su casa. A partir de ese momento, Fernanda redescubre el goce en la masturbación, el mundo de la imaginación erótica, el sexo y el deseo sin límites de edad, de género ni de forma. Tal es así, que en uno de los encuentros con Carmen, mientras están en el boliche, Fernanda se permite ser *voyeur* (“Sigo mirando a las chiquillas que se meten hasta el brazo. Una de ellas gime de placer. Yo la escucho y me siento llena de excitación y de envidia”) y también enamorarse de un joven *drag king* con quien saldrá en otra ocasión (“Hay un libre y un *drag king* fumando junto a ella. Es hermoso, lampiño, de ojazos celestes. Usa una camisa escocesa sin mangas y tiene muchos músculos. Debe entrenar mucho para tener ese cuerpo tan fornido. En la cama hay tirado un consolador rarísimo. Yo me quedo unos segundos petrificada mirando esa belleza hasta que me mira y con la cabeza me invita a acercarme. Yo le hago no con la cabeza pero por un momento mi cuerpo se inclina solo hacia él, deseándolo”). Del mismo modo, también supo enamorarse de una travesti (Pedro) y tener varias parejas que podríamos denominar heterosexuales.

Los devenires del deseo de Fernanda nos recuerdan a lo que Butler considera como género performativo, en tanto su género no es un género que se esencializa, que se estanca o se estaciona en un casillero cómodo, seguro y reconfortable, sino que es un género que se actualiza en cada práctica, en cada deseo, en cada momento de placer, un género que provoca incertidumbre pero que se sabe libre e ilimitado.

Asimismo, esta ficción puede ser considerada como una antiutopía si consideramos que el futuro y la tecnología no necesariamente llevaron a un mejoramiento de la especie, ni a la felicidad del ser humano; por el contrario, rodeados de máquinas y objetos de consumo, los personajes de "Durazno reverdeciente" se reconocen solitarios, apáticos e insatisfechos. El paroxismo de esa insatisfacción se expresa en Fernanda, nuestra antiheroína. Sin embargo, no es una contrautopía pura si pensamos que este futuro sí ha logrado superar ciertos prejuicios, otorgado nuevos derechos y vuelto inteligibles nuevas identidades: el matrimonio igualitario está a la orden del día, el aborto y la fertilización asistida son garantizados por las obras sociales, etc.

Desde este punto de vista, la sociedad que la *nouvelle* plantea se acerca a lo que Beatriz Preciado en el *Manifiesto contrasexual* considera como una sociedad *contrasexual*. En primer lugar, porque el género se inscribe sobre los cuerpos: Fernanda desea implantarse siliconas y se erotiza pensando en sus propios senos, el dildo recorre las escenas sexuales como cualquier otro elemento o parte del cuerpo que produce placer y no es un elemento que reemplace o compense ciertas carencias sino que es placer y goce en sí mismo:

Ella se levanta y va hasta el cuarto. Vuelve en lo que para mí es un segundo y comienza a penetrarme, corriéndome la bombacha hacia un lado, suavemente, con un consolador con vaselina (creo) y yo empiezo a estremecerme entre los almohadones que tiene en el piso. La casa está preparada para todo [...] Intento besarla pero ella se resiste. Sigue metiéndome esa carne sintética tan real.

La sensación de realidad del dildo, corresponde a lo que Beatriz Preciado considera como el final del pene como origen de la diferencia sexual y un desplazamiento desde éste a otros espacios de significación. Es decir, el dildo se vuelve real y erógeno en tanto y en cuanto genera placer y no porque se asemeje o suplante al pene. En términos de Preciado (2011: 72 y 75):

el dildo no es sólo un objeto sino que es, estructuralmente, una operación de cortar-pegar: una operación de desplazamiento del supuesto centro orgánico de producción sexual hacia un lugar externo al cuerpo [...] desplazamiento hacia otros espacios de significación (orgánicos o no, masculinos o femeninos) [...] cualquier cosa puede devenir dildo [...] reestructura la relación entre el adentro y el afuera, entre lo pasivo y lo activo, entre el órgano natural y la máquina.

No es casual tampoco que Fernanda se obnubile con un joven *drag king*: para Preciado (que sigue a Halberstam) los espectáculos de *drag king* no son una imitación de la masculinidad o una impostación de ella, sino que permiten ver cómo se construye la masculinidad como auténtica, o como algo dado y natural. Cuando Fernanda va al boliche exclusivamente para buscar a su príncipe *drag*, uno de ellos la recibe diciéndole: “Sos la primera que se atreve a entrar en nuestra cueva”. Si desplegamos el sentido de la oración de bienvenida, podemos pensar que Fernanda se atreve a entrar a lo inesperado, a aquellos espacios que incluso en el futuro, son para otros, para lo distinto. Sin embargo, ella se atreve a desearlo, a dejarse llevar por los juegos que el joven le propone. Y amar lo marginal, porque Juan se sabe marginal y representa lo abyecto en esa sociedad postestética. De hecho, tampoco es casual que la escena sexual entre ella y el chico *drag* quede implícita, trunca en el discurso, y no se describa con detalle como sí hace con otras escenas a lo largo de la *nouvelle*:

Apoya su torso fajado junto a mis pequeños pechos teniendo que hacer fuerza para aplastar mi panza y se frota tan fuerte que puedo sentir lo duro que es el género que sujeta sus pechos que, entre otras cosas, se perciben abultados. Yo no estoy caliente. Estoy hipnotizada, perdida, entregada, tensa, contracturada. Pero puedo disfrutar de ese estado porque siento que estoy viviendo algo diferente que rompe mi rutina de elongaciones, pedos solitarios en la noche y clases de literatura. Además gozo al pensar que mañana cuando vaya al cole voy a flotar en el aula y voy a valorar mucho más a todos mis alumnos.

El goce se da allí donde surge el deseo, más allá de lo que se pretende natural, esperable o tradicional:

Le pido a Iemanjá que me proteja de mi obsesión pero no puedo parar de pensar en su bulto de goma espuma o de no sé qué. ¿Se habrá operado? ¿Tendrá una prótesis natural extirpada de su vientre? En uno de sus raptos de sinceridad me contó que se cosió las trompas y que se iba a sacar los senos. Yo me tenté.

Sin embargo, hay un solo límite, un solo freno al deseo y sus formas que es el HIV-SIDA.

El fantasma del SIDA recorre los tiempos (y los deseos)

Podemos ubicar la historia de Fernanda en un futuro que podríamos denominar antiutópico, ya que lejos de promover una sociedad futura ideal, se plantea como un tiempo con contradicciones, nuevos estereotipos, corrupción, cierta banalización y

frivolidad, y con una marcada búsqueda constante de modernidad en ocasiones carente de sentido o razón de ser.

Luego de confesarse a sus alumnos, Fernanda les cuenta una historia (una clara parodia a las fábulas o historias de aprendizaje) cargada de marginalidad y crudo realismo y que tiene como desenlace una mensaje para ellos. Fernanda les ruega que se cuiden, que tengan relaciones conscientes, que usen preservativos en cualquier relación sexual, adquiera ésta la forma que adquiera. Y lo interesante de su enseñanza es que incluye lo que la educación sexual escolar aún hoy en día deja de lado en su currículum: los métodos de profilaxis para prácticas sexuales que no sean las heterosexuales. Si bien los programas y los contenidos de educación sexual se han pluralizado e incluyen la diversidad sexual y genérica, todavía tienen una deuda pendiente dentro del aula, a la hora de transmitir esos contenidos y de preparar y educar a los profesores en la diversidad. Los docentes que imparten esas materias o contenidos continúan eligiendo como modelo la relación heterosexual y no se explicitan otras posibilidades de género ni se educa acerca de los métodos de profilaxis en otro tipo de prácticas. Por supuesto, esta deuda no se da solamente en la escuela sino también en los medios de comunicación, en las familias, en los centros de salud, en la medicina, en sesiones de terapia, etc. Basta con escuchar a conocidos especialistas en sexología que muy marginalmente consideran a lo que se corre de lo heteronormativo u observar los discriminatorios cuestionarios y las prácticas de exclusión presentes en centros de donación de sangre.

Es decir, la tensión ocurre entre una sociedad que necesita prevenir, detener una enfermedad o educar y una sociedad que está atravesada por llamativos tabúes, olvidos, abyecciones. Lo mismo sucede con cuestiones como el matrimonio igualitario, la identidad de género o el aborto, puntos irresueltos y pendientes de una sociedad, puntos que no casualmente se vinculan al género ya que el género es una de las víctimas más atormentadas por el control, la vigilancia, el prejuicio y la normatividad.

Es importante destacar, entonces, cómo la *nouvelle* abandona la ironía, el humor y la parodia cuando plantea el tema del HIV-SIDA y compadece a las generaciones que continúan vulnerables ante el peligro de la enfermedad. El HIV-SIDA se enuncia como algo que atraviesa y aprisiona a todas las generaciones (desde su origen) y como algo que ni el más tecnológico futuro pudo detener: "Lo de la charla con los chicos me partió el alma. Ya han pasado más de 35 años y todavía los pobres se tienen que estar cuidando del sida. Yo también tengo que hacerlo pero a mí me queda menos vida por vivir. Aunque me dijeron que a mi edad es más fulminante".

Asilana, la peluquera de la cual ella queda perdidamente enamorada, es HIV positiva. Sin embargo, su enfermedad no es pensada ni vivida como un obstáculo para el amor que se desencadenará entre ambas. Asilana sabe que no podrá tener hijos pero también sabe que no va a morir y le recuerda a Fernanda que "ya nadie muere de sida". Si bien hoy en día, año 2012 de nuestro corriente siglo, los tratamientos para atacar la enfermedad son más efectivos, menos invasivos y si bien el virus puede negativizarse si se lo detecta a tiempo, el HIV-SIDA y sus consecuencias continúan afectando más gravemente a las clases sociales más desfavorecidas, a los que siempre llegan últimos a la distribución de la salud, la cultura y la educación. A los que siempre quedan relegados de todo privilegio, derecho u opción. No es tampoco casual el origen humilde de Asilana: Fernanda sabe cuán fuerte recae sobre su amada la discriminación.

Demoliendo hoteles, escuelas (y otros panteones)

“Durazno reverdeciente” deconstruye pilares, relatos, modelos y discursos que hegemonizan espacios, identidades e instituciones de nuestra sociedad. Así como se deconstruye el género a través de lo performativo y lo diverso, a través de la ironía y la parodia, también se ríe de los lugares comunes que atraviesan otros ámbitos y otras cuestiones. Uno de sus blancos predilectos es el ámbito académico-escolar: sus poses, sus vicios y su doble moral son atacadas con cinismo, inteligencia y humor:

Lo primero que hago es servirme un whisky con hielo, lo hago todos los días. Este es el gran rito para aislarme de mi entorno, que me parece patético. Como por ejemplo, mis colegas, pendejas de 28 que quieren convertir a sus alumnos en genios. ¡Qué asco! Yo a esta altura los dejo hacer lo que quieran y les pongo a todos diez. ¿Quién de la escuela le va a discutir a una jovata de 65 como yo? ¿Qué querés leer? ¿March Alvis? ¿Cecilia Pavón? Mi amor, leé lo quieras mientras te distraigas con algo.

Fernanda Laguna es en sí misma una parodia de la profesora de literatura y se mofa de la pose intelectual y académica. Dice que hubiera deseado ser cantante de cumbia, en lugar de docente, deja a sus alumnos armar porros en el aula, se declara anarquista y se siente poco comprometida con la realidad de su país: “Yo, que sólo había mirado el cacerolazo del 2001 desde la puerta de mi casa...Y lo oí otra vez en mi patiecito, mientras cogía con un desconocido. Después de eso no milité en nada. Pero, ¿por qué tenemos que ser todos héroes?”.

Esta pregunta que puede ser pasada por alto, es una pregunta que se hace gran parte de la generación de postdictadura, que creció siendo testigo de los fracasos de la democracia, siendo heredera de la derrota de toda una generación, siendo testigo de la falta de justicia, de la corrupción y de la construcción del vaciamiento del concepto de política y militancia. Coincido entonces con Elsa Drucaroff quien en *Los prisioneros de la torre* (2011: 293, 309, 317 y 318) sostiene que:

La narrativa actual [...] se interroga constantemente por la historia; el trauma de la dictadura retorna con horror, aunque se transforme y contamine con múltiples sentidos ajenos a él; es el efecto siniestro de una *hybris* heredada, casi a la manera de los hijos que en la tragedia griega saben que no tienen chance, están marcados por las transgresiones que no protagonizaron [...] una culpa que sobrevuela todo el imaginario de quienes escriben en postdictadura, que atenaza a quienes les tocó o les toca ser jóvenes entre siluetas de otros jóvenes sin sepultura [...] todos los jóvenes de los años 90 están “todavía allí”, la represión y la masacre siguen actuando infinitamente sobre sus almas [...] la apatía y la vida sin trascendencia posible sugieren también lo fantasmal, la permanencia de los desaparecidos y la ubicación de los que son jóvenes después en un limbo en que no hay ni vida, ni más allá.

Por supuesto, Fernanda ficcional no es joven pero sí fue joven durante los 90 (se deduce por numerosos indicios que desparrama la autora a lo largo del relato) y obviamente Fernanda Laguna escribe durante los años que Drucaroff toma para caracterizar a la NNA. Nuestra protagonista es por momentos pesimista, a veces apática, por momentos cínica y está fuertemente atravesada por una sensación de fracaso que constituye una de las manchas temáticas que caracteriza a gran parte de la NNA, siguiendo nuevamente una de las tesis que *Los prisioneros de la torre* despliega.

Decíamos entonces que la deconstrucción opera en la *nouvelle* minando espacios, saberes e identidades. El reclamo generacional antes descrito se liga a una crítica a la clase media que podemos reconocer a lo largo de la historia: se ironiza acerca de sus gustos, su esnobismo, sus poses y estereotipos, su ansia de modernidad, sus prejuicios y su doble moral, los límites arbitrarios de su progresismo, etc. Al mismo tiempo, se burla de la academia, de las modas intelectuales, incluso de lo supuestamente moderno dentro del mundo del saber institucionalizado: “Ahora Cecilia es una súper poeta e intelectual, que sale de gira por el mundo para firmar sus libros y dar seminarios sobre poesía autorreferencial. La influencia del punk concreto-conceptual alemán mezclado con el hip-hop y la música electrónica. Y la Literatura Queer”.

Así, podríamos continuar dando otros ejemplos de deconstrucción que propone esta obra de Rosetti:

- la mezcla de géneros y subgéneros literarios: el formato diario y la novela de aprendizaje claramente parodiados, la inclusión de chats o conversaciones telefónicas, el género fantástico que por momentos coquetea con el surrealismo y lo bizarro, por ejemplo, cuando Fernanda mantiene extensos diálogos con el hijo que teóricamente lleva en su vientre incluso una vez que ya lo ha perdido, pasajes cercano a la novela de aventuras o a una *road movie* clase B;
- la resignificación que lo escatológico y lo abyecto adquiere en la obra (sobre todo al ligarlos a lo erótico y al deseo);
- el cuestionamiento a la reproducción de estereotipos heterosexuales dentro de otros universos no heterosexuales, la presentación del aborto como algo legal y corriente, etc.

Sin embargo, recorrer esas otras deconstrucciones excedería los tiempos y propósitos de esta ponencia.

Más interesante me parece entonces destacar lo que venimos planteando desde el principio y que creemos resulta sumamente original y deconstructivo en este personaje. Fernanda Laguna es una mujer que se sabe deseante, que se permite desear más allá de fronteras, parámetros y límites sociales y culturales de todo tipo. Se asume imperfecta con ironía, humor e inteligencia pero también es consciente de su sabiduría y de su atractivo devenir, de su capacidad para cuestionar construcciones y modelos sociales que se imponen de modo violento, unívoco y arbitrario. Si bien se queja continuamente de su edad, también se sabe capaz de seducir más allá de la

edad, del género y de la clase social. La *nouvelle*, tomada desde ese punto de vista, es un relato que festeja el cuerpo y el goce corporal, especialmente el cuerpo femenino: la importancia que se da a la masturbación femenina, los extensos pasajes dedicados a escenas eróticas interfemeninas, el detalle con que se describen la moda y la vestimenta y también los cuerpos femeninos (incluso los cuerpos que la sociedad rechaza son reivindicados: la escena final, en la que Fernanda se escapa del neuropsiquiátrico y le practica sexo oral a la cocinera para que le diera su ropa y así poder salir sin ser descubierta, dan cuenta de esa celebración:

Por suerte la gorda tenía solo delantal y corpiño. Antes de que se arrepienta me saco mi ropa y me pongo el delantal para hacerla acabar y salir de un raje. Me agacho y visualizo la concha de Vero porque la de Asi no la conozco. Inspiro y empiezo. Así no, con amor, me dice. Bueno bombón, le contesto yo, vos sí que sos un bombón. Y en ese momento comprendo el sabor de sus curvas, el amor que ella está entregándome al darme su impecable uniforme. Y la chupo como a un helado, como a la costra de una almeja salada. Es hermoso. Ella gime y yo me siento una sex symbol. Tan bien lo estoy haciendo que ella abre sus ojos y me dice que soy hermosa. Ahí me embalo más, olvidándome del poco tiempo que me queda en la mansión y la tiro al piso y me trepo como una araña para chuparle las tetas. Un chorro de leche sale y yo bebo como un gato hambriento. No me puedo separar del sexo que ella me está dando.

Coincido de esta manera y para concluir con Elsa Drucaroff (2011: 468), cuando considera que esta autora y otras de su generación:

se ocupan de la experiencia corporal femenina con una conciencia sutil de las relaciones de poder que allí circulan. En su narrativa a veces hay humor o complacencia histórica pero esto coexiste con una dolorosamente consciente falta de autoestima, el tormento subjetivo y la sensación constante de algo inefable y violento que protesta, insatisfecho, sin encontrar nombre ni legitimación cultural.

Bibliografía

Butler, Judith (2007). *El género en disputa*, Barcelona, Paidós.

Drucaroff, Elsa (2011). *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes en la postdictadura*, Buenos Aires, Emecé.

Preciado, Beatriz (2011). *Manifiesto contrasexual*, Barcelona, Anagrama.

Rosetti, Dalia (2005). "Durazno reverdeciente". *Me encantaría que gustes de mí*. Buenos Aires, Mansalva.